



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A EXTREMO ORIENTE

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO EN LAS FILIPINAS*

Martes, 18 de febrero de 1981

Excelencias, señoras y señores:

1. He venido a esta parte del mundo para encontrarme con las comunidades católicas de Filipinas y Japón, y para expresar a ambas naciones la profunda estima que la Iglesia les tiene. Al mismo tiempo estoy muy complacido de tener la oportunidad de estar con ustedes esta tarde, ya que, como diplomáticos acreditados ante el Gobierno de este país, ustedes representan a pueblos no sólo de Asia, sino de todo el mundo. Más tarde, en mi programa, me dirigiré directamente a los pueblos de Asia; pero no puedo dejar pasar la presente ocasión sin expresar aquí delante de ustedes la alegría que experimento al poder saludar, a través de ustedes, a los pueblos y a los Gobiernos de sus naciones, muchos de los cuales mantienen relaciones muy cordiales con la Santa Sede. Deseo reiterar la profunda estima de la Iglesia católica por las tradiciones culturales y religiosas de todos los pueblos, y reafirmar su deseo de estar al servicio de todos en *la búsqueda común de la paz, la justicia y el progreso humano.*

2. La Iglesia no tiene ambiciones políticas. Cuando ofrece su contribución específica a las grandes tareas permanentes de la humanidad —paz, justicia, desarrollo y todo noble esfuerzo dirigido a promover y defender la dignidad humana—, ella lo hace porque está convencida de que *tal acción está relacionada con su misión.* Esta misión se refiere a la salvación del hombre: el ser humano entero, la persona individual, hombre o mujer, que cumple su vocación eterna en la historia temporal, dentro de un conjunto de comunidades y sociedades. Cuando presta atención a las necesidades y aspiraciones de individuos y pueblos, la Iglesia sigue el mandamiento de su Fundador; ella lleva a cabo la solicitud de Cristo por todas y a cada una de las personas, especialmente por los pobres y por los que sufren. Su propia contribución a la humanización de la

sociedad y del mundo deriva de Jesucristo y de su Evangelio. A través de su doctrina social, la Iglesia no presenta modelos prefabricados ni se pone de lado de determinadas prácticas predominantes y pasajeras. Más bien, remitiéndose a Jesucristo, ella se esfuerza por provocar una transformación de corazones y mentes de modo que el hombre pueda verse a sí mismo en la plena verdad de su humanidad.

3. La acción de la Iglesia, por tanto, no es política, económica o técnica. La Iglesia no es competente en los campos de la tecnología o de la ciencia, ni se impone a través de los poderes políticos. *Su competencia, como su misión, es de naturaleza religiosa y moral*; y debe permanecer dentro del ámbito de su propia competencia para que su acción no sea inútil o irresponsable. Por esta razón, la costumbre de la Iglesia es respetar el área específica de responsabilidad del Estado, sin entrometerse en las tareas de los políticos y sin participar directamente en la administración de los asuntos temporales. Al mismo tiempo, la Iglesia estimula a sus miembros para que asuman su plena responsabilidad como ciudadanos de una determinada nación y para que busquen junto con los demás hombres los caminos y modelos que pueden promover mejor el progreso de la sociedad. La Iglesia entiende como su contribución específica el fortalecimiento de las bases espirituales y morales de la sociedad y, como un servicio a la humanidad, ayuda a los ciudadanos formando correctamente sus conciencias.

4. En este sentido, deseo que mi viaje a través de Asia sea *una llamada a la paz y al progreso humano*, y un estímulo para todos aquellos que se ocupan de proteger y promover la dignidad de todos los seres humanos. Asimismo espero que mi encuentro con ustedes esta tarde reforzará el sentido de su propia misión en el servicio de sus países y de toda la familia humana. Pues, ¿no consiste la misión del diplomático en ser un constructor de puentes entre las naciones, en ser un especialista del diálogo y del entendimiento, en ser un defensor de la dignidad del hombre, para promover el común bienestar de todos?

Además de promover los legítimos intereses de sus propias naciones, su misión les orienta de un modo especial hacia empresas más amplias de toda la familia humana, particularmente en este continente asiático. Inspirados como están por los más nobles ideales de hermandad, ustedes compartirán —estoy seguro— mi preocupación por la paz y el progreso en esta área, y entenderán la necesidad de afrontar las causas más profundas de los problemas que atormentan naciones y pueblos. En mi reciente [Encíclica sobre la misericordia de Dios](#) he indicado las que creo que son las “fuentes de inquietud”. He citado el temor ligado a la perspectiva de un conflicto que, teniendo en cuenta la acumulación de armas atómicas, podría significar la autodestrucción parcial de la humanidad. He llamado la atención sobre lo que los hombres pueden hacer a otros hombres valiéndose de los medios que proporciona una tecnología militar cada vez más sofisticada. Pero he llamado la atención también sobre otros elementos cuando escribí: “El hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la recta vía a

seguir. Los medios técnicos a disposición de la civilización actual ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de una autodestrucción por vía de un conflicto militar, sino también la posibilidad de una subyugación 'pacífica' de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos" (núm. 11; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 7 de diciembre de 1980, pág. 9). Y he mencionado el trágico problema de tantas personas que sufren por el hambre y la desnutrición, y el problema del creciente estado de desigualdad entre individuos y naciones por lo cual «al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales que sufren el hambre» (*ib.*).

5. Pero en el mismo documento, afirmo también (y me gustaría dejarles este pensamiento para su reflexión): "La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aun, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa fuerza más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones" (núm. 12; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua 'Española, 7 de diciembre de 1980, pág. 10).

Sí, queridos hermanos mi mensaje para todos ustedes esta tarde se refiere a esta misma fuerza del amor. Un amor profundamente sentido y expresado de en acciones concretas, tanto colectivas, es ciertamente la fuerza motora que capacita al hombre para ser fiel a sí mismo. *Sólo el amor puede hacer a los pueblos capaces realmente de responder a la llamada de la necesidad.* Y Ojalà que sea esta misma fuerza -el amor fraterno- la que impulse a cimas cada vez más elevadas de servicio y solidaridad. Señoras y señores, estén ustedes seguros de mi total apoyo en su noble misión diplomática.